

# La mentira vital de Jacopo Ortis

## Introducción

Julián Martínez Vázquez

Este trabajo pretende comenzar con una pregunta: ¿qué es lo que diferencia a cada hombre de los restantes? ¿Qué es lo que hace imposible que nos comprendamos plenamente? ¿Puede un ser humano conocer a otro interiormente, o sólo llega a tener un poco de información dispersa, inarticulado? Según Georg Büchner, somos paquidermos intentando tomarnos de las manos. Partimos de esta reconocida limitación antes de referirnos al modo de ver determinadas cuestiones que nos muestra Jacopo Ortis en sus últimas cartas.

¿Cuáles son esas problemáticas que nos llevan a adoptar posturas que nos definen y hacen únicos? La muerte, la trascendencia, las relaciones sociales, el amor a la patria, la insignificancia de un hombre dentro de la historia y en el universo infinito... la vida y su sentido, si lo hallamos. Desde estas nociones, exponiendo la actitud de Jacopo Ortis hacia ellas, podemos acercarnos al personaje, y en él vislumbrar la concepción de su creador, Ugo Foscolo, quien sintió que debía expresar esa visión y eligió la literatura para hacerlo.

Vamos a centrar el análisis en el tema de la mentira vital presente en las cartas en muchas ocasiones. Es aquel engaño que nos juega la imaginación para que encontremos un sentido en aquello que dudamos que lo tenga.

*Mi fantasía me plasma de un modo tan real la felicidad que anhelo, de tal forma me la pone ante los ojos, que cuando ya casi la toco con las manos, mi pobre corazón la ve desvanecerse y llora.*

escribe Jacopo en la carta del 6 de abril de 1798. Ama a Teresa pero deja de lado lo imposible de ser correspondido. Tiene que ser su amigo quien le plantee el tema para dar con la siguiente alusión al suicidio, el 8 de Mayo de 1798:

*Ella no te ama, y aunque quisiera, no puede amarte. Lo sé, Lorenzo, pero si me quitara la venda de los ojos, sería para cerrarlos inmediatamente en el sueño eterno.*

Continúa luego:

*En vez de apagar uno a uno los focos que iluminan el decorado y desengañar vilmente a los espectadores, ¿no sería mejor bajar de improviso el telón y dejarles con su ilusión? Pero si el engaño te perjudica. Qué importa: el desengaño me mata.*

Esta cita nos lleva a contemplar dos aspectos del interior de Jacopo: cuando no sea posible mantener la mentira, acudir al suicidio, final que ya ve cercano. Y desde esta idea se llega a la segunda: hay una posición pasiva en el personaje que lo lleva a no dudar de la mentira. Mejor dicho, cree con fe ciega que todo lo que puede hacerlo feliz es imposible de abordar salvo mediante el engaño, la ilusión. Renuncia a la lucha porque la considera inútil de antemano. No es el héroe que raptará a su amada o que dará la vida por la patria. No va a intentar quebrantar las leyes del mundo, no porque las con-

sidere sagradas (es más, no es así, reniega de ellas), sino porque las encuentra materialmente inquebrantables. No es posible ir a enfrentar un muro de piedra con planteos morales.

Podemos hablar de fatalismo, asumido aunque detestado.

¿Qué es, desde esta perspectiva, la Belleza? Un modo de evadirse. Cuando ve por primera vez a Teresa, el 26 de octubre de 1797, escribe:

*¿Acaso el espectáculo de la belleza basta para adormecer en nosotros, tristes mortales, todos nuestros sufrimientos? He aquí una fuente de vida para mí: la única, seguramente, y quizá fatal.*

En el "Fragmento de la historia de Lauretta" llama a la Belleza genio benefactor de la naturaleza. El 4 de mayo de 1798 habla de su alma extasiado en la contemplación de la belleza.

De este modo es interesante replantear el concepto de mentira vital de Jacopo. El día 15 de mayo de 1798 escribe:

*—  
Pero ¿no es todo ilusión? ¡Todo! Dichosos los antiguos que eran dignos de los besos de las diosas inmortales, que hacían sacrificios a la Belleza y a las Gracias, que difundían el esplendor de la divinidad en las imperfecciones de los hombres y que encontraban la BELLEZA y la VERDAD acariciando los ídolos de su fantasía.*

El 25 de mayo de ese mismo año vuelve al tema:

*Nos fabricamos la realidad a nuestro antojo: nuestros deseos se van multiplicando con nuestras ideas, [...] y a fin de cuentas, nuestras pasiones son el resultado de nuestras ilusiones.*

La vida de Jacopo sólo puede soportarse en sueños; pero la razón, el orden racional de la realidad armónica y poderosa que rige el mundo, pretende despertarlo a todo momento, personificándose en su amigo Lorenzo, o en Odoardo, el prometido de Teresa, o en la figura de su madre, o bien desde él mismo. Cuando la razón vence y descubre todo lo que la ilusión embellece, la muerte es inmediata, la única salida para Jacopo. Si no puede vencer a su enemigo, no se une a él, se aniquila, única opción que cree posible fuera de la cobardía. El día 5 de marzo de 1799 se declara vencido: *Hace tiempo que busco la paz, y la razón siempre me señala la tumba. Luego: Las ilusiones se han desvanecido, los deseos han muerto: las esperanzas y los temores han dejado libre mi intelecto.*

Así, la muerte asume una función liberadora, redentora. Ante la muerte de su amiga Lauretta, le agradece a Dios su compasión, *enviaste la muerte para que libere de las cadenas de la vida a tus criaturas perseguidas y afligidas*, afirma. Y cuando su propia situación le parece insostenible, el día 14 de marzo de 1799 invoca de este modo a la muerte: *Tú también eres un elemento necesario de la naturaleza. Ya no me das pánico y te comparo con el sueño de la noche, quietud después del trabajo.*

Pero la muerte no es un final tan simple y feliz, porque es el interrogante mayor. En la carta del 5 de marzo de 1799, aunque ya ha tomado su decisión, piensa lo siguiente: *Si en*

la vida sólo hay dolor, ¿en qué puedo esperar? En la nada o en otra vida completamente diferente de ésta. Jacopo halla la angustia de lo irresuelto, la muerte es la última esperanza, iniciada en verdad; sospecha que trate de una nueva mentira vital para soportar la pequeñez del hombre, su impotencia ante el destino, manejado por fuerzas trascendentes e históricas demasiado inmensas como para protestar ante ellas. El 2 de junio de 1798 encontramos la siguiente reflexión:

*Qué cierto es que los infelices necesitan otro mundo diferente de éste donde comen pan amargo y beben agua, mezclada con lágrimas. La imaginación lo crea y el corazón se consuela. La virtud, siempre desdichada en este mundo, persevera con la esperanza de un premio.*

Continúa tratando el tema el 20 de febrero de 1799:

*Pero por los siglos de los siglos los dioses han vestido las armas de los conquistadores y oprimen a las gentes con las pasiones, los furiosos y las astucias de quienes pretenden reinar.*

De este modo, la aceptación de la muerte en Jacopo no sería otra cosa que un nuevo engaño, más efectivo y duradero. No surge de reconocer una realidad insostenible, sino de continuar evadiéndola.

La cita anterior es útil también en cuanto señala el pesimismo de Jacopo Ortis con respecto al hombre bueno. Porque todo lo anterior con respecto a la mentira como huida de lo injusto del orden establecido se señala en relación al hombre noble, bueno. La virtud es la gran víctima en este mundo donde priman la fuerza y el ingenio del mal. El 11 de diciembre de 1797 escribe a Lorenzo que

*Los seres en cuyo pecho laten pasiones generosas, o deben ahogarlas, o refugiarse como las águilas y las fieras magnánimas en los montes inaccesibles, o en los bosques, lejos de la envidia y de la venganza de los hombres.*

Foscolo presenta la figura del hombre bueno y por ello desdichado frente a la del malvado ruin, que gobierna y decide desde la razón. El 1 de noviembre de 1797 se pregunta: ¿Qué es el hombre si lo reduces a una mente fría y calculadora? Un malvado ruin. El tema va a reaparecer en toda la obra. El 3 de diciembre del mismo año trata el asunto de este modo:

*Nunca sé qué nombre le dais vosotros, los sabios, a quien sigue diligentemente los dictados de su corazón: héroe no, desde luego; pero, ¿acaso es por esto un cobarde? Los que juzgan débiles a los hombres apasionados son como ese médico que tachaba de loco a un enfermo porque le había vencido la fiebre [...]. Oh, tú que disertas serenamente sobre las pasiones: si tus frías manos no encontraran frío todo lo que tocan, si cuanto penetra en tu gélido corazón no se helara de inmediato, ¿crees que estarías tan ufano de tu severa filosofía? ¿Cómo puedes razonar de lo que desconoces?*

Entonces, para Jacopo el hombre de bien debe dejarse guiar por el corazón y sus pasiones, aunque éstas son la fiebre de vivir. Es preferible la enfermedad de la pasión a una actitud racional y centrada de por sí malévolas, por lo cual Jacopo aconseja en más de una oportunidad huir del hombre próspero.

Esto permite encarar el tema de la mentira vital desde otra óptica: es una solución frente al pesimismo fatalista de Jacopo, única salida para los virtuosos, los que actúan con el corazón, frente a los que oprimen al pueblo desde la razón

fría. El 20 de febrero de 1799 reflexiona Jacopo sobre la historia de la humanidad:

*Todas las naciones tienen su tiempo. Hoy son tiranas para madurar la propia esclavitud de mañana. Y los que antes debían pagar un tributo, luego lo impondrán con el acero y con el fuego. La tierra es una selva de bestias.*

La visión del hombre como esencialmente egoísta y malo se puede relacionar con la de Thomas Hobbes, acerca de un hombre lobo de sí mismo. La cita del 11 de mayo de 1798 es aún más explícita:

*Constantemente la guerra ha sido el árbitro del derecho, y la fuerza ha dominado todos los siglos. De este modo el hombre, abierta o secretamente, es siempre el enemigo implacable de la humanidad.*

Este poder del opresor sobre quien no puede oponerse se da tanto en el plano social como en el histórico. De los personajes que se han destacado en el gobierno opina lo siguiente:

*Ésta es la raza de los héroes de los creadores de facciones y de los fundadores de naciones, que por su orgullo y la estupidez ajena creen que han llegado tan alto debido a su valor personal, cuando en realidad sólo son ciegas ruedas del engranaje.*

La justicia humana de una civilización se instaura sobre la violación de las leyes del pueblo sometido, con lo cual sólo se da la justicia del más fuerte, expresa luego en la misma carta. El fatalismo es contundente y hace más comprensible la actitud de derrota de Jacopo Ortis ante las cuestiones cruciales que se le presentan. El 3 de enero de 1796 da la expresión quizás más lograda del destino:

*La humanidad es esa manada de ciegos que ves que se empujan, dan codazos, luchan, hacen frente a la inexorable fatalidad o se dejan llevar por ella.*

Desde esta visión de la vida, ¿qué virtud ensalza Jacopo Ortis como la principal? Pues la compasión. Así lo afirma el 29 de abril de 1798 en el "Fragmento de la historia de Lauretta". *No sabes que, para el infeliz, las lágrimas de un hombre compasivo son más dulces que el rocío para la hierba seca?* El 15 de mayo de 1798 se dirige al Amor: *Tú avivas en nuestros pechos la única virtud útil a los mortales, la piedad, que permite sonreír de vez en cuando al infeliz condenado a lamentarse.* El 8 de febrero de 1799 su maestro Parini le escribe que *El único consuelo que puedo darte es el de mi compasión, y ya la tienes.* Una semana más tarde, Jacopo afirma:

*En este inmenso valle donde la humanidad nace, crece, se reproduce y muere; se afana y vuelve a morir sin saber cómo ni por qué, la única distinción que veo es entre felices y desdichados. Y si encuentro un infeliz, compadezco nuestra suerte y derramo todo el bálsamo que puedo sobre sus heridas, pero dejo sus méritos y sus culpas en la balanza de Dios.*

Debe pensarse que la compasión es una virtud en cierto sentido pasiva, puesto que se desencadena luego de la derrota. Aceptado el fatalismo como condición de la humanidad, la virtud que puede modificar la historia (valentía, generosidad, astucia) pasa a segundo plano frente a la compasión, que se vuelca sobre lo ya acontecido.

De la compasión (como virtud ante la desgracia inevitable del hombre virtuoso) a la importancia que da Foscolo a lo sepulcral no hay mucha distancia. Se ve en el final de la primera carta, 11 de noviembre de 1797 (respecto de la lucha por la patria):

*Por mí, que siga quien pueda, porque yo, desengañado de mí mismo y de mi patria, espero tranquilamente la prisión y la muerte; así mi cadáver no caerá en manos extranjeras y unos pocos hombres buenos, compañeros de desventura, llorarán en silencio mi nombre, y mis huesos descansarán en la tierra de mis padres.*

Hay un consuelo que vence la desdicha de la vida y la incertidumbre de la muerte, y es el hecho de ser recordado. El 25 de mayo de 1796 se imagina ya muerto,

*Sin embargo me consuela saber que alguien se acordará de mí. En la aurora de la vida buscaré en vano los halos que me queden, pues me serán arrebatados por mis pasiones y por mis desgracias; pero mi sepultura estará bailada por tus lágrimas y por las de esa celestial criatura. Y, ¿quién cede a un olvido eterno esta cara y afanosa existencia? ¿Quién vio por última vez los rayos del sol, quién se despidió por siempre de la naturaleza, quién abandonó sus dichas, sus esperanzas, sus engaños y sus penas sin dejar tras de sí un deseo, un suspiro, una mirada? Los seres queridos que nos*

## Conclusión

Lo más sencillo para cerrar *Últimas cartas de Jacopo Ortis* sintiendo que se han solucionado los conflictos que suscita la lectura, es tachar a Foscolo de pesimista, y basta. El Romanticismo, si lo leemos desde esta posición, presenta una visión desesperada y hasta ridícula de la vida.

Al comenzar hablamos de determinadas actitudes que nos definen, que hacen de cada uno de nosotros un ser único e irrepetible. Tanto el joven Werther como Jacopo terminan en el suicidio, por lo cual podríamos quitar importancia al pensamiento que plantean, a sus preocupaciones. Pero Goethe y Foscolo no se suicidaron ciertamente. El suicidio, en definitiva, no resuelve ningún interrogante humano. Los temas en las dos obras no pretenden resolverse, sólo manifestarse desde la angustia que provocan, porque la pasión es quien guía su tratamiento, no la razón.

La obra de Foscolo es, sin duda, de mayor pesimismo. El estado del mundo conlleva un orden en el que son prósperos y felices los malvados, que manejan a los demás desde la razón fría y desde el poder material. Por un lado hallamos al vulgo informe que ignora la situación desde su estrechez, y por otra parte están los hombres generosos, de virtud, entre quienes sitúa Foscolo a Teresa, a Lauretta, y a Jacopo, por supuesto. ¿Qué le resta hacer a un individuo de esta suerte, aislado en medio de una sociedad corrupta? Pues evadirse mediante la belleza, el arte, el amor. La mentira vital cumple la función de hacer soportable una existencia injusta a priori, condición que no hay fuerza humana que pueda modificar. La vida es un continuo engaño; el hombre pinta flores en las paredes de su triste calabozo. Pero cuando la mentira es tan evidente que ya no podemos ignorarla, entonces la única salida, la más digna, es la muerte. Que no implica una solución feliz, ni siquiera es solución, pues puede llevarnos a la nada o a algo distinto, no lo sabemos. El suicidio tal vez sea la mentira más desesperada. Así podemos hablar del hombre generoso de Foscolo como héroe trágico frente al Fatum.

Desde esta concepción, la figura del sepulcro toma una

*sobreviven son parte de nosotros mismos. Nuestros ojos moribundos imploran a los que nos miran unas lágrimas, nuestro corazón ansía que unos brazos amorosos sostengan el cadáver y busca un pecho donde exhalar su último suspiro. La naturaleza gime hasta en la tumba y su gemido vence el silencio y la oscuridad de la muerte.*

Para concluir, se transcriben cuatro versos de *Dei Sepolcri*:

*Ahil sugli estinti  
non sorge fiore, ove non sia d'umane  
lodi onorate e d'amoroso pianto.*

La compasión es la trascendencia que debemos esperar luego de la muerte. Así se conduce del olvido en su tierra de la figura de Parini. De allí su constante preocupación por morir en su patria y no en el extranjero, y de no quedar insepulto, inquietudes que se notan en Foscolo con tanta fuerza como en el ciclo troyano de Homero. Más adelante en el poema da la siguiente definición:

*a' generosi  
giusta di glori dispensiera e morte.*

Para los generosos la muerte es dispensadora ecuánime de gloria. Encierra algo verdadero, positivo según Foscolo.

significación esencial para Foscolo: resulte lo que resulte morir, llegamos a cierta trascendencia si logramos generar la compasión en quienes nos sobreviven; se trasciende en los demás. La sepultura del hombre virtuoso incita a la virtud, a la emulación.

Al comenzar hablamos de lo difícil que es comprender una identidad ajena, sus posiciones frente a la vida en general. Parece contradictorio finalizar con una simplificación como la de los párrafos anteriores acerca de la visión de Foscolo desde Jacopo Ortis. Sin embargo, la razón en cualquier tipo de análisis es ineludible. Si al tratar los distintos interrogantes que el escritor deja notar en su personaje llegamos a una esquematización, esto se debe a que el hombre no soporta demasiada realidad. El hombre no puede comprender esta realidad en una visión total. Cualquier esquema que logremos será necesariamente injusto, instrumento de un engaño que nos hace creer que la pasión y la literatura son descriptibles sin hacer uso de ellas mismas. Por eso es necesario insistir: no se ha pretendido resolver la complejidad de la obra para abandonarla con un juicio cerrado a favor o en contra.

El mundo se simplificaría, es cierto, si resolviéramos las cuestiones existenciales desde la aritmética, con reglas de tres, logaritmos y raíces cuadradas, de un modo exacto y preciso. Pero es bueno de vez en cuando, en lo posible, desenchajarnos de esta mentira vital que nos empuja (desde la crueldad de la duda) a la razón metódica, ordenada, limpia, y a veces sencilla y terriblemente aburrida.

## Bibliografía

FOSCOLO, Ugo, *Últimas cartas de Jacopo Ortis*. Barcelona, Cátedra, 1993.

FOSCOLO, Ugo, *Los Sepulcros*. La Plata, Latium, 1944.